

## UN SANTO EN LA CORTE

POR

MARIO SORIA

Del siglo XVIII sólo conocemos el aspecto que por lo general nos cuentan los historiadores, eco casi siempre de las teorías triunfantes. A las doctrinas contrarias y a los vencidos con ellas se les asigna el papel de villanos o, si el escritor les es favorable, el de mártires de una tradición a punto de desaparecer o de sufrir gravísimo menoscabo. Conforme a la versión más difundida (que se extiende desde las sesudas investigaciones históricas hasta el cine y la televisión), desarróllase en aquella época una gigantesca ideomaquia entre los ilustrados y los representantes de la ignorancia y el atraso cultural y económico de los pueblos. Los primeros cuentan en sus filas a la parte más rica, distinguida y culta de la sociedad europea, mientras que los otros se apoyan en la plebe, arguyen arcaicos sofismas y tienen a su servicio ingenios cuyo saber versa sobre asuntos muertos. Este criterio contribuye a sepultar en el silencio nombres ilustres de la época, a ridiculizar a las personas cuya actuación brillante no cabe ignorar, a concebir a quienes nadan contra corriente como mero apéndice o reverso de los figurones, conforme ocurre, por ejemplo, con Palissot, Frerón y Nonotte respecto de «les philosophes».

Pero la realidad abarca mucho más que el esquema donde intentan recluirla los narradores políticos, sociológicos y culturales al uso. El espíritu de cualquier siglo es como un poliedro del cual ve la tosquedad o el prejuicio del tratadista sólo algunas caras. Teniendo, además, en cuenta que las ideas denominadoras de una época (en este caso, la llamada ilustración) suelen ser fruto de la propaganda, la moda y la imitación, más que de un genuino deseo de conocer la verdad. Las teorías de esta clase importan con frecuencia sólo por su denominación extrínseca, no

por su contenido. Aparte de ello, son patrimonio de grupos muy restringidos, aunque capaces de acreditar tales teorías y de acreditarse a sí mismos como portadores de un mensaje benéfico para la humanidad. Los otros grupos sociales, sin comparación más numerosos que aquéllos, carecen del eficacísimo sistema de bombos mutuos y son inmunes a las preocupaciones, consignas y aficiones en boga, ganándose, por lo tanto, el sambenito de incultos y constituyendo una especie de tierra de infieles, de refractarios a la luz de la razón. Nada importa que tengan una cultura de rancio abolengo, más o menos desarrollada según la categoría social (sabios o pueblo): tampoco, que la hayan mamado —por así decirlo— con la leche materna y transmitan ese conocimiento a las generaciones posteriores; ni que vivan una existencia digna y libre según la misma. Para ellos «nulla est redemptio». Y esto es, a nuestro juicio, lo que de modo ostensible ocurre respecto del siglo XVIII. El remedio, siquiera parcial, de tal injusticia surge de una reacción espontánea de la sociedad.

El hastío del materialismo, de la pornografía, del hedonismo, de la impiedad, no sólo prepara el éxito de las grandes novelas sentimentales, sino que también induce a buscar una trascendencia que había negado el espíritu seco y presuntuoso de la ilustración. Así, los inquietos se vuelven de nuevo hacia el cristianismo y suspiran por los misterios que ha dejado escapar la red tan soberbia como poco apretada de la razón. Y para llevar a cabo su propósito suelen reunirse en grupos de amigos de pensamiento afín, animándose mutuamente a seguir el buen camino. Tal es, entre muchos, el círculo llamado de Münster, constituido en torno de la princesa Amalia Galitzin. Allí los contertulios leen a San Agustín, Angel Silesio, San Juan de la Cruz, Taulero, Santa Catalina de Siena. Allí acuden Overberg, Hamann, Matías Claudio, el conde Federico Stolberg y otros influyentes personajes de las letras, la política, la vida universitaria.

También se forman en esta época asociaciones de ingenios atraídos por el afán de descubrir (mediante el estudio de la cábala hebrea, la teurgia neoplatónica, la filosofía de Boehme, los libros herméticos, las fórmulas de la vieja alquimia) los misterios

de la naturaleza, las circunstancias de la caída original, las vías ocultas de la Providencia. Los curiosos se juntan en conventículos de iniciados, opuestos por lo general a los conciliábulos donde se conspira contra la religión y se abrigan proyectos revolucionarios. El esoterismo y la masonería sirven a veces de puerta de retorno a la ortodoxia o, por lo menos, no constituyen obstáculo para abrazar la fe. Tal es el caso de Zacarías Wérner, José de Maistre, Julia de Krúdener, Lavater, Willermoz, Luis Claudio de San Martín.

Las dos tendencias que acabamos de señalar abrigan, más o menos explícitas, una antropología y una cosmología peculiares, que se oponen frontalmente al endiosamiento de la razón, o sea a la pretensión de analizar de forma exhaustiva hombre y mundo de acuerdo con unos cuantos esquemas abstractos. En esto coinciden con sensualistas y románticos, pero no se contentan con el escepticismo y la sensiblería. Pretenden evitar la embriaguez, tanto de los sentidos como de la especulación pura. Rehúsan encerrar la inteligencia en la cárcel de percepciones, impresiones y afectos, si bien rechazan por igual las leyes físicas inmutables como las leyes históricas ineludibles, esquema las últimas de una hipotética evolución de la humanidad o, para decirlo con otras palabras, versión moderna de la fatalidad y fruto de un racionalismo refinadísimo.

La antropología, al contrario del optimismo iluminista, suele hacer hincapié en el pecado original y sus devastadores efectos. Este resulta un rasgo común (*mutatis mutandis*), tanto de los grandes teólogos ortodoxos de la época (Bellelli, Berti, José Valla, Concina, etc.) como de los filósofos y místicos que florecen en la frontera, y aún más allá, de la Iglesia (el marqués de San Martín, Oberlin, Dutoit, Salzmann, Martínez Pascual, Carlos de Eckhartshausen, Hemsterhuis y otros), y que aportarán numerosas teorías a poetas y pensadores de la generación posterior (Novalis, Ballanche, José de Maistre, Hölderlin, Federico Schlegel, Francisco Javier de Baader, Jacobi...).

Respecto de la cosmología, lejos están nuestros curiosos y desasogados de rendir culto a los cánones por que se supone

regirse la naturaleza o de acatar como inapelable el resultado de la experiencia artificial de los laboratorios. Ellos conciben los sucesos del mundo material y del inmaterial como efecto de una gigantesca catástrofe metafísica y moral, cuya explicación únicamente la teología cristiana puede darla de forma exhaustiva. La caída adámica constituye, por lo tanto, el comienzo de la historia y establece las características de esta última; después, son acontecimientos fundamentales la encarnación de Cristo, su muerte y su resurrección. Fin de la historia no es el progreso económico, sino la palingenesis universal. Por consiguiente, la existencia humana no se halla sujeta fundamentalmente a la uniformidad del suceder natural ni a las leyes físicoquímicas; está sometida a la acción de la Providencia, que momento a momento, con independencia de cualquier relación usual de causa a efecto, determina lo que le ha de pasar a cada persona y al cosmos por entero. Porque la naturaleza no consiste en un repeinado conjunto de fenómenos análogos y el entramado conforme al cual aquéllos se ordenan; es más bien una balumba de hechos heterogéneos desplegada siguiendo una engañosa regularidad, producto ésta más de una consideración deficiente que cuidadosa y que puede alterarse de súbito; hechos cuya inteligibilidad radica en la libérrima voluntad divina y en la libre aceptación del individuo al cual conciernen o que los observe. En contraste con las abstracciones de la filosofía irreligiosa, la atención se centra en lo concreto y peculiar, de tal manera que hasta el tiempo y el espacio no son entidades de extensión homogénea, pues se componen de elementos disimilares, cada uno de los cuales exige para ser comprendido una consideración especial.

Por ello escribe un gran asceta y místico de este tiempo, el jesuita Juan Pedro de Caussade: «El momento presente es siempre un tesoro infinito, y tan rico que excede con mucho a vuestra —habla a sus lectores— capacidad ... Habláis, Señor, en particular a todos los hombres por cuantos sucesos experimentan a cada instante ... Vos habláis a todos los hombres en general por todos los acontecimientos que se suceden en el universo» (1).

(1) «El abandono de sí mismo en la Providencia divina», II, caps. 3 y 4.

Tesis semejantes, que se encuentran en las antípodas de Montesquieu, desarrolla otro notable autor espiritual del siglo de las luces: el también jesuita Juan Nicolás Grou. El principio cosmológico subyacente en la concepción de ambos hijos de Loyola no es, pues, la ley derivada de la esencia de las cosas, sino el milagro continuo, perceptible mediante la inteligencia iluminada por la fe. Y este principio, al contrario de lo que podría creerse, fomenta, además de la exaltación religiosa y poética, la investigación científica, siempre que a la naturaleza no se la conciba *a priori* como un inmenso almacén. Si no la cosmología toda de Grou y de Caussade, al menos el talento que la hace nacer, la intuición del fundamento espiritual de los seres de este mundo, anima las especulaciones e investigaciones de Maupertuis, Bonnet, Haller, Stahl. E igualmente inspira, ya algunos años más tarde, las doctrinas de Novalis y las teorías mediante las cuales ciertos discípulos de Schelling intentan desarrollar una ciencia natural basada, tanto en la observación y la experimentación, como en la fantasía y la aprehensión de lo divino inmanente en el universo. Por desgracia, esta última tentativa de sacralizar el conocimiento del mundo morirá a manos del materialismo posterior.

Valga esta introducción para indicar que la persona a la que vamos a referirnos no es en su siglo *rara avis*, ni una antigualla ideológica, ni un beato maniático. En medio de la efervescencia secularizadora, subsiste una intensa religiosidad representada; aparte de los nombres arriba citados y a los que podríamos añadir infinitos más, por cristianos que, con menor brillo intelectual, impregnan su vida de fe y caridad excepcionales.

\* \* \*

Luis Juan María de Borbón, duque de Penthièvre, hijo del conde de Tolosa, nieto por lo tanto de Luis XIV y de la señora de Montespán, nace en Rambouillet, el dieciséis de noviembre de 1725. Es el último heredero de los bastardos legitimados del Rey Sol (2). Muy joven todavía, en 1742, empieza su vida mili-

(2) Todos los datos concernientes a la vida del duque los tomamos del libro *Le duc de Penthièvre. Sa vie. Sa mort*, de Honorato Bonhomme,

tar. Al año siguiente recibe el bautismo de fuego en D ettinghem; combate valientemente en Fontenoy, el once de mayo de 1745. Sin embargo, poco despu es abandona la carrera militar (1746), hacia la que no siente inclinación alguna. Cumple su deber de prncipe y gentilhombre, peleando en el campo de batalla y asistiendo al rey, pero considera la guerra un mal y trata de reparar sus excesos y crueldades. Antes de entrar en combate, siempre escucha misa y comulga.

Casado, en 1744, con María Teresa de Este, hija del duque de Módena, se retira al castillo de Rambouillet, donde vive con su madre (viuda desde 1737) y su mujer. De ésta tiene siete hijos. Tres mueren en edad temprana, cuando los niños empiezan a ser más amables que nunca, por sus caricias y sus gracias, y uno sucumbe al nacer, ocasionando la muerte de su progenitora. Le quedan, pues, dos vástagos: el que habría de ser prncipe de Lamballe y la duquesa futura de Orleans, esposa de Felipe Igualdad y madre del rey Luis Felipe.

Es nuestro personaje inmensamente rico. Luis XIV había dejado a los dos hijos varones que engendr  de la Montesp n (el duque del Maine y el conde de Tolosa; tuvo otro más, el conde de Vexin, pero éste murió niño) los bienes necesarios para asegurarles una posición brillante en el mundo e independizarlos de la buena o mala disposición que hacia ellos sintiese la rama reinante de la familia. Corriendo el tiempo, los dominios que poseía el duque del Maine (hermano mayor de Tolosa) y habían heredado sus dos hijos, recaen, por muerte sin descendencia de estos últimos, en Penthievre. Dichos bienes, unidos a la inmensa fortuna que el duque ya tiene de su padre, hacen de nuestro personaje uno de los señores más opulentos de su tiempo. Dueño de más de la sexta parte de Bretaña; de los palacios de Rambouillet,

---

publicado en París, en 1869. Otros estudios que también ponemos a contribución son *La jeunesse de Philippe Egalit *, de Amadeo Britsch (París, 1926); *La princesa de Lamballe*, de Alberto Emilio Sorel (Barcelona, 1944); *Los orígenes de la Francia contemporánea*, de Hipólito Taine (París, s/d); *Historia del mundo en la edad moderna*, vol. VII (Barcelona, 1956); *Vida privada del prncipe de Conti*, escrita por G. Cap n y R. Yve-Plessis (París, 1907).

Saint Cloud, Anet, Eu, Vernón, Sceaux...; de los señoríos de Aumale, Crécy, Lesigny, Brie, Dreux, Chateaufvillain y una larga lista de pueblos y tierras, muchos con sus respectivos títulos de nobleza. A esto hay que añadir los privilegios de caza y pesca, que lo hacen prácticamente amo de todos los animales de sus fincas, así como los derechos señoriales sobre muy diversos puertos marítimos y comunas. Según una relación de enero de 1788, tiene Penthhièvre más de dos millones y medio de libras anuales de renta patrimonial, aparte de seiscientos once mil en sueldos y pensiones concedidos cada año por munificencia real (3).

Luis Juan María es un cuidadosísimo administrador de su fortuna. En una sociedad donde el despilfarro parece ser la regla, empezando por el trono, el duque vigila todos los gastos de su casa, discute minuciosamente con sus administradores las cuentas, analiza los presupuestos que le presentan y procura mejorar continuamente sus posesiones. Pero esta vigilancia que conserva su riqueza y aun la incrementa, en contraste con tantos aristócratas contemporáneos suyos arruinados o a punto de serlo y que sólo gracias a la generosidad del erario o la detentación de las fincas eclesiásticas logran desplegar el boato habitual (Provenza,

(3) Si se considera que el gobierno francés recauda el año citado (conforme al estado de cuentas redactado por orden del cardenal de Lomenie de Brienne, primer ministro) algo más de cuatrocientos setenta y dos millones de libras, ya descontados los empréstitos, Penthhièvre percibe el equivalente de más de medio centésimo de los ingresos ordinarios del fisco, cantidad exorbitante, a primera vista, puesto que ciento cincuenta rentistas como él juntos serían más ricos que la corona. De otra parte, el patrimonio de nuestro personaje, unido al del duque de Orleans y a los de los condes de Artois y Provenza, hetmanos del rey, suma la séptima parte del territorio. Todo esto parece escandaloso, según el criterio moderno, sobre todo teniendo en cuenta que la población de Francia alcanza en esta época veintiséis millones de personas. Pero hay que tener en cuenta que los magnates son auténticos distribuidores de riqueza y que además actúan a menudo como empresas aseguradoras y bancos. Que la distribución esté sujeta al capricho y al despilfarro del titular de la fortuna, es indudable, aunque, si bien se mira, no tan sujeta como lo está hoy a las alcaldadas el erario o el presupuesto de cualquier ministerio. Al menos aquellos señores tenían trabas morales que no detienen a los políticos del presente.

Artois, Conti, Rohán-Guemenée, Soubise, Bouillon, Chartres, Choiseul, Polignac, Condé, Dillón y mil otros); esta vigilancia—decimos— no tiene por objeto el lucro, ni la especulación, ni la explotación intensiva de la tierra, actividades a que ya se entregan entonces muchos miembros de la nobleza, identificándose en esto con la burguesía. El duque mantiene, por ejemplo, varias costosas fincas de recreo, únicamente para evitar el perjuicio que, caso de enajenarlas, irrogaría a los vasallos suyos que en ellas viven. De otra parte, dona grandes sumas de dinero para construir esclusas, hospitales, mercados, plazas, fuentes públicas, escuelas, hospicios. Abre para distracción de los parisienses el magnífico parque de Sceaux, donde la duquesa del Maine había tenido en otro tiempo una corte renombrada y se había refugiado Voltaire. Cuando vende su tierra de Crécy, a los pobres que en ella habitan los transfiere a otro de sus predios, alojándolos en el asilo de San Justo, cerca de Vernón.

En este hombre, inmensamente rico y universalmente respetado, cebóse la desgracia. Ya hemos hablado de la muerte de su padre y de cuatro hijos suyos. El último, fallecido al nacer, le cuesta la vida a la madre, en 1754. Esta pérdida conduce al desesperado esposo a la Trapa, donde vive algún tiempo llorando y rezando, y adonde va después a menudo en peregrinación, permaneciendo en el monasterio largas semanas, costumbre que sólo la revolución interrumpe. El año de 1766 ve abandonar este mundo a la condesa de Tolosa, madre de Penthievre. Y menos de dos años más tarde, muere sin descendencia, víctima de una enfermedad venérea, degenerada probablemente en septicemia, el heredero y único hijo varón superviviente de nuestro personaje: el príncipe de Lamballe, de apenas veinte años. (El joven, al contrario de su padre, es un libertino desenfrenado; se enamora locamente de las actrices y prostitutas más corridas de París; recién casado, abandona a su mujer para desalarse en busca de las golfas que lo han encandilado, entregándose a toda clase de excesos; enlaza una orgía con otra y paga a las mancebas robando las joyas de su propia esposa, etc.). Le queda a Ponthievre sólo una hija, María Adelaida, una de las herederas más ricas



de Europa, que se casa con el duque de Chartres (más tarde, como ya dijimos, duque de Orleans). El matrimonio es desgraciado. El marido, disoluto incorregible, dilapida su propia fortuna y la de su mujer. Durante la revolución, sea por ambición o por cobardía, Orleans vota la muerte de su primo Luis XVI, a quien Penthievre honra como soberano y jefe de su familia. Con la mujer de Lamballe, María Teresa de Saboya Cariñano, joven de diecinueve años en 1768, al enviudar, el suegro adquiere una hija a la que ama tiernamente. La princesa retribuye ese afecto con filial solicitud, pero también aporta una buena cantidad de preocupaciones. Enfermiza, neurótica, celosa, no muy inteligente, apasionada por María Antonieta, la hace sufrir intensamente el carácter veleidoso de la austriaca. Su melancolía es causa de prolongados desmayos, quizá de origen histérico, de los que no logra sanar del todo. La muerte de María Teresa, en horrorosas circunstancias, cuando las matanzas de septiembre de 1792, no es el último golpe que sufre el duque. El veintiuno de enero del año siguiente es guillotinado el rey. Penthievre, al que hasta ahora han respetado los revolucionarios, recibe la noticia en su residencia de Vernón. Muere el cuatro de marzo de 1793, sólo un mes antes de que la convención decretase el encarcelamiento de todos los Borbones y el secuestro de sus bienes. La autopsia del cadáver demuestra que el hombre de sesenta y siete años tenía aún robusto el cuerpo; las penas habían precipitado la defunción.

También es para el duque motivo de dolor o, mejor dicho, de reabrir viejas heridas, la venta de Rambouillet. Esta propiedad, donde nuestro personaje había edificado el panteón de su familia, era desde hacía tiempo codiciada por Luis XV, quien, so pretexto del permiso dado por el propietario para construir un pabellón de caza, mandó levantar todo un castillo. Luis XVI no ansía menos que su abuelo recuperar para la corona un dominio en cuyo bosque abundan ciervos y jabalíes, y prácticamente obliga a Penthievre a vendérselo. Este accede, con la condición de llevarse las cenizas de sus deudos allí enterrados. Y así lo hace: exhuma los restos de sus padres, su mujer y sus seis hijos. Los cuerpos son conducidos a la cripta de la colegiata de San Esteban

de Dreux. La tortura que causa al duque el lúgubre traslado, casi da fin a su vida: hay un momento, durante el viaje, en que el desfallecimiento parece acabar con el pobre hombre.

Durante el régimen antiguo, Penthievre ocupa el cargo, más honorífico que efectivo, de gobernador de Bretaña, adonde acude a los veintidós años para ocuparse de fortificar la península contra los ingleses, y mucho tiempo más tarde, en 1774, para apaciguar una provincia iritada por las disputas entre el parlamento y el comandante general de la misma. En vísperas de la revolución, aconseja a los soberanos realizar las economías y las reformas políticas imprescindibles. Después de los célebres sucesos de julio de 1789, lo nombran alcalde de la comuna de La Brie y comandante en jefe de la guardia nacional de varias poblaciones. Su inmenso prestigio, así como el ser suegro de Orleans, le da fama de hallarse cerca del partido «popular». Es casi el «príncipe ciudadano». Acepta no sólo los cargos que le ofrecen los revolucionarios, sino que aprueba que sus allegados los acepten. Al comienzo, lo aclaman las ciudades por donde pasa; preside algún banquete patriótico; entrega, como ofrenda a la Francia nueva, su vajilla de oro y plata a la casa de la moneda. Detenido en Eu con su hija, se le guardan, sin embargo, toda clase de consideraciones. Y en Vernón, su último refugio, los habitantes plantan delante del castillo de Penthievre un árbol de la libertad. El discurso del alcalde es un homenaje al príncipe y la ceremonia tiene como fin proteger al bienhechor de los pobres.

¿Cuál es el carácter de este hombre?

Manifiesta —conforme a los testimonios de quienes lo tratan— un temperamento vivaz y ardiente. El mismo confiesa haber nacido violento. Pero una vigilancia continua de sus inclinaciones naturales lo vuelve paciente hasta ser la admiración de sus conocidos. Por su abuela paterna había heredado el ingenio malicioso de los Mortemart. De su padre tiene una propensión a la melancolía que las sucesivas desgracias sufridas acrecientan. Muy sensible, sus innumerables limosnas quizá nazcan parcialmente de este rasgo de su personalidad. «Que me odien —decía en una carta— es uno de los dolores más intensos que puedo padecer».

Sintiéndose solo, luego de enviudar, viaja continuamente de una residencia a otra y busca en la amistad y en el cariño que dedica a su hija y su nuera consuelo para la tristeza. Por otra parte, a este Borbón no le gusta la caza. Al contrario de Luis XV, Carlos III, Fernando IV de Nápoles, que pasan la vida corriendo detrás de los animales salvajes con una escopeta, el duque lee, escucha leer, despacha una extensa correspondencia, atiende sus fincas, pasea, asiste a misa diariamente y reza el breviario. Sus oraciones y meditaciones son largas; sus lecturas espirituales, también. La Biblia es su libro favorito. Su existencia tiene algo del monje laborioso y del administrador atareado.

El enorme prestigio de que goza el duque de Penthièvre y la causa de que hoy lo recordemos no nacen de su rango ni de su riqueza. Nacen de su caridad. De él puede decirse sin exageración, a juzgar por las declaraciones de sus contemporáneos: «Pertransiit benefaciendo». Protector del caballero Claris de Florián (poeta, fabulista y moralista notable), recibe Penthièvre de parte del escritor, al ingresar éste en la Academia Francesa, en 1788, un elogio público que muy lejos está de ser hiperbólico: «Sesenta años de una vida pura y sin tacha lo han convertido en objeto de la veneración pública. Su nombre, tantas veces bendecido por el pobre, nunca ha sido pronunciado si no es para recordar una buena acción. Nobilísimo y rico de nacimiento, favorito de la fortuna, ignora, sin embargo, si existen otros gozos que el de ser benefactor...».

Pero si en las palabras de Florián puede haber alguna sospecha de adulación, ¿qué interés tendrán los republicanos en halagar al príncipe decaído? Ya hemos mencionado la plantación de un árbol de la libertad a la puerta de Penthièvre, para protegerlo de los furros revolucionarios. Poco más tarde, cuando está el duque moribundo, el concejo municipal de Vernón acude a pedirle su bendición para el pueblo y los magistrados. La muerte del «ciudadano Penthièvre» así la lamenta un diario de la época: «Todo el mundo sabe cómo usaba su riqueza, patrimonio del pobre, puesto en manos de la virtud. Ha pasado el tiempo de la hipocresía y cada ciudadano llora sobre las cenizas del hombre

bondadoso, humano y caritativo. La historia dirá que fue príncipe, que nació en las gradas del trono, que vivió tranquilo y sometido a las leyes cuando ese trono fue derribado; pero la voz del pobre resonará siglo tras siglo, llamándolo padre de los indigentes».

El duque no encarga la caridad: la realiza él personalmente, y algunos episodios de su vida parecen repetir narraciones de los viejos santos medievales. Así, no desdena el ahumarse en la cocina, si esto le parece necesario para atender a los menesterosos. En cierta ocasión, preséntanse inesperadamente en Rambouillet Luis XV con varios caballeros y damas de su corte, pidiendo de cenar. Grande es la sorpresa del alborotado tropel al recibirlos Penthievre con un mandil puesto y cucharón en mano: está preparando la sopa y el guiso de los necesitados, cosa que hace una vez por mes, para enseñar a los cocineros del asilo que sostiene el príncipe la calidad de los alimentos que han de proporcionar. Los inoportunos huéspedes, sentados en largas mesas rústicas, acaban saciando el hambre con el condumio hospiciano.

Curiosa resulta la diligente investigación con que el duque busca pobres, que, vueltos raros gracias a él en sus dominios, los encuentra en lugares más lejanos. Su secretario, el ya citado Claris de Florián, rivaliza con nuestro filántropo en esta especie de montería caritativa que le cuesta grandes sumas a Penthievre. Aparte de los indigentes encontrados por azar, el príncipe gasta en víveres y conservación de los asilos de San Justo y de Rambouillet, en socorrer a su propia servidumbre (sueldos aparte), proporcionar a distintas personas pensiones, dar limosna a la puerta de la iglesia, etc., ochocientos mil francos anuales, o sea la cuarta parte de sus ingresos, conforme a la tasación mencionada de 1788. Pero, además, hay que contar el desembolso que importan el mantenimiento de las fincas inútiles de recreo, las rentas vitalicias a que está obligado en virtud de diversos contratos, las obras públicas realizadas a su costa, como los cuatrocientos mil francos donados a la comuna de Andelys para construir un hospicio. Antes de ceder a los parisienses el uso del parque de Sceaux, embellece la finca pensando en los paseantes futuros. Chateauvillain tiene, gracias a él, un castillo nuevo, una plaza, fuentes,

una escuela. Entre los niños recogidos por el abate de l'Epée, célebre educador de sordomudos, también hay varios cuya manutención paga el duque de Penthièvre. Las comunas de Anet y de Amboise, al borde del hambre, reciben de su mano trigo y dinero.

Incontables son las anécdotas respecto de las correrías de Luis Juan María de Borbón en pos de los pobres; de su habilidad para ocultarse, su deseo de que lo ignorasen, la delicadeza con que procede para no herir susceptibilidades, la comprensión con que enjuicia muchas transgresiones. No prescinde de un servidor demasiado costoso, porque es alguien a quien conoce de mucho tiempo atrás y estima. A unos cazadores furtivos sorprendidos en sus tierras los pensiona para evitar la repetición del delito. Dos pescadores de carpas, también clandestinos, reciben de él el castigo, con la condición de solicitar ellos mismos la corrección que les pareciere. (Los historiadores hacen resaltar esta conducta, comparándola con las de otros terratenientes, celosísimos de los discutidos derechos de caza y pesca; por ejemplo, un primo del señor de Penthièvre, el príncipe de Conti, que en su dominio de L'Isle Adam, yendo a misa, condena a un cazador furtivo a sufrir cien bastonazos y tres meses de calabozo) (4).

Cuando, en 1783, el duque se lleva de Rambouillet las cenizas de su padre, su mujer y sus hijos, cuenta uno de los biógrafos de nuestro personaje que los habitantes del lugar, destocados pese al frío de noviembre, contemplan con dolor la fúnebre co-

---

(4) Se trata de Luis Francisco de Borbón, penúltimo príncipe de Conti, nacido en 1717 y muerto en 1776. Culto, inteligente, versado en política, gustador de las bellas artes, amigo de Rousseau y de Diderot, libertino, ateo recalcitrante, rechaza en su lecho de muerte las exhortaciones del arzobispo de París, el ilustre Cristóbal de Beaumont, para enmendar *in extremis* una vida criminalmente desordenada. El hecho referido en el texto lo relata la condesa de Genlis, testigo presencial. Poco después del suceso, la escritora, indignada, se queja a uno de los cortesanos del príncipe por la crueldad de la sentencia. El interlocutor le replica riendo que todo es comedia que de cuando en cuando representa el amo; que la pena reducirá a dos meses de destierro y que durante ese tiempo se encargará Conti de la familia del delincuente. Ciertas bromas y venganzas del prócer, aparte de su arrogancia, permiten por lo menos dudar de tanta benignidad.

mitiva: huérfanos, viudas, pobres, niños, criados y alimentados de padres a hijos, durante casi un siglo, por los Penthièvre, que un poblacho habían convertido en ciudad; de cabañas, hecho casas; que habían dado generosamente la leche de sus alquerías, la fruta de sus huertos, el trigo de sus graneros, la madera de sus bosques. Con los nueve féretros —sigue diciendo León Gozlán, citado por Bonhomme— íbanse para siempre fruta, leche, trigo y leña.

\* \* \*

¿Es santo, en el sentido estricto de la palabra, el duque de Penthièvre? ¿Tienen sus virtudes ese grado heroico que exige la Iglesia para elevar a alguien hasta el honor de los altares? ¿O se trata únicamente de un hombre bueno, sin que sus cualidades alcancen lo extraordinario? Hemos titulado este artículo «Un santo en la corte», a sabiendas de que no podríamos aportar prueba alguna irrefutable de esa santidad presunta, sino sólo indicios basados en hechos sorprendentes. Se han escrito varias biografías apologéticas de nuestro personaje. ¿Por completo exactas? Eso convendría determinarlo. ¿Será camino adecuado para ello iniciar un proceso de beatificación? Quizá, sí. Mas, para incoarlo se necesitan, aparte del dinero que cueste el procedimiento canónico, impulsores, que bien pueden ser sus descendientes, cuya riqueza procedé en gran parte, si con atención se mira, de las herencias acumuladas y excelente administración del duque (5). También sería interesante saber qué libros de espiritualidad lee Penthièvre, aparte del breviario y la Biblia. En las disputas religiosas de la época, ¿se inclina a favor de los jesuitas? Y respecto del enciclopedismo, ¿tiene alguna opinión? No parece que lo arrebaté la delirante tecnolatría que apasiona a tantos contemporáneos suyos, ni que quemé incienso ante los ídolos del día.

---

(5) Según el código antiguo de derecho canónico, cualquier fiel podía instar el proceso. La legislación vigente, aunque difusa y confusa (¿cuánto se echan en falta la precisión y concisión derogadas!), tampoco establece nada contrario. Al menos, eso creemos.